

VII. EL TRIUNFO DE LA DILIGENCIA

En el gran reloj del tiempo sólo hay una palabra: *ahora*.

Notad la sublime exactitud con que la tierra recorre una órbita de 936 millones de kilómetros y llega al solsticio en el preciso momento, sin un segundo, ¡qué digo un segundo! sin una millonésima de segundo de retraso, a pesar de que siglos y siglos ha se mueve en tan arriesgado camino.—EDUARDO EVERETT.

¿Quién no ve cuán singularmente se desenhebran los hilos de nuestro destino? A veces la ocasión propicia sólo dura un instante. Por desaprovecharla perdemos meses y años.

Por la calle del ya voy se va a la casa del nunca.—CERVANTES.

Si perdemos el día de hoy en la holganza, lo mismo nos sucederá mañana y peor todavía pasado mañana. Agarremos los instantes por la punta.—SHAKESPEARE.



N tiempo de Enrique VIII de Inglaterra no había oficinas de Correos y se mandaban las cartas por mano de postillones del rey, so pena de horca si se entretenían por el camino. Así es que en los mensajes se acostumbraba a dibujar un postillón ahorcado, con este letrero: «Date prisa, postillón, porque te va la vida».

También era un crimen la innecesaria demora en tiempo de las galeras y diligencias, cuando se empleaba un mes de fatigoso viaje en recorrer distancias que hoy salvamos en pocas horas.

Las dilaciones producen perjudiciales efectos. A Julio César le costó la vida el haberse detenido a leer un parte antes de entrar en el Senado. El Coronel Rahl, que mandaba las tropas en Trenton, estaba jugando a los naipes cuando recibió un parte con el aviso de que Washington cruzaba el Delaware; pero se guardó el parte en el bolsillo para leerlo luego de terminada la partida, y cuando reunió a sus soldados era demasiado tarde. Murió en la acción y toda su gente quedó prisionera. Unos cuantos minutos de demora bastaron para la pérdida del honor y la vida.

El éxito es hijo de la exactitud. Hay circunstancias de la vida en que si la mente titubea y los nervios se relajan todo está perdido.

El 3 de mayo de 1861 escribía Andrew, gobernador de Massachusetts, al presidente Lincoln:

Al punto de recibir vuestra orden hemos proseguido la guerra con el espíritu de que creemos poseído al gobierno y al pueblo americano, es decir, como si en el mundo no hubiese una pulgada de galón rojo.

La orden de Lincoln, expedida desde Washington el lunes 15 de abril de 1861, le pedía todas las

tropas disponibles, y a las nueve de la mañana del siguiente lunes, respondió Andrew:

Todos los regimientos de Massachusetts están ya o en Washington o en la fortaleza de Monroe o en camino para defender el Capitolio. Lo único que me interesa es lo que debo hacer, y una vez hecho, qué más he de hacer.

Dice Ruskin:

La edad juvenil es esencialmente de formación, edificación e instrucción. No hay en esta edad ni una hora que no influya en nuestro destino, ni un momento que, una vez pasado, nos permita dar en hierro caliente el martillazo que a su debido tiempo descuidamos.

Napoleón daba capital importancia al momento decisivo, al instante crítico que bien aprovechado en las batallas determina la victoria y perdido en vacilaciones ocasiona la derrota. Declaraba que había vencido a los austriacos porque desperdiciaron cinco minutos, y que entre los menudos contratiempos convergentes a la rota de Waterloo fué el de mayor monta el retraso en iniciar el ataque y la incomparecencia de Grouchy en el campo de batalla. Aquella demora fué suficiente para deportar a Napoleón a Santa Elena y alterar el destino de millones de hombres.

Muy conocido es el axioma de que cuanto puede hacerse en cualquiera ocasión suele no hacerse en ninguna. La «Sociedad Africanista», de

Londres, acordó enviar al África al viajero Ledyard, y como le preguntaran cuándo estaría dispuesto a partir, respondió: «Mañana por la mañana».

Juan Jervis, después conde de San Vicente, dijo en ocasión memorable que *inmediatamente* podía tomar el mando de su buque. Colín Campbell, nombrado general en jefe del ejército de la India, respondió también al recibir el nombramiento que marcharía al día siguiente.

La energía malgastada en demorar para mañana el deber del día bastaría a cumplirlo en la mayor parte de los casos. Además, ¡cuán penosas y repulsivas son las tareas atrasadas! Lo que hubiera podido hacerse a su tiempo con placer y aun con entusiasmo, se convierte en labor ingrata por demorarlo días y semanas. Nunca es más fácil contestar una carta que luego de recibida. Muchas casas comerciales de importancia tienen por ley no aplazar hasta el otro día el despacho de la correspondencia.

La presteza en la acción elimina el aburrimiento en toda labor emprendida. Toda dilación equivale a no hacer lo que se difiere, y en cambio, toda tarea comenzada está ya medio hecha.

Las acciones son como las semillas, que para fructificar requieren oportunidad de siembra. El verano de la eternidad no tendría fuerza sufi-

ciente para madurar el fruto de una labor demorada. Si un astro se retrasara un segundo en su carrera, quedaría roto el concierto del universo.

Confesaba Cobbett que debía sus éxitos a la diligencia, en mayor grado que a todas sus demás cualidades reunidas. A la prontitud en la acción debió sus adelantos en la carrera militar, pues si había de entrar de guardia a las diez, estaba ya dispuesto a las nueve y nunca hubo de esperar nadie ni un minuto por su tardanza.

Le preguntaron a sir Walter Raleigh: «¿Cómo se las arregla usted para hacer tantas cosas en tan poco tiempo?» A lo que respondió: «Cuando he de hacer algo, lo hago».

Un estadista francés decía a los que se admiraban de verle cumplir sus deberes políticos sin menoscabo de los sociales: «Nunca dejo para mañana lo que puedo hacer hoy». Precisamente por «no hacer hoy lo que podía dejar para mañana», fracasó en sus planes otro hombre público.

Decía Cotton sobre este propósito:

¡Mañana! Es un fullero que apuesta su penuria contra la abundancia; un ladrón que asalta tu caja y te paga después con deseos, esperanzas y promesas, caudal de los mentecatos. ¡Mañana! Es un período que no se halla en ningún cómputo de tiempo y si acaso en el almanaque del loco. La prudencia repugna la palabra ¡mañana! y se aparta de los que la patrocinan. Está tejida con

el hilo de los sueños y tiene tan deleznable fundamento como las fantásticas visiones del anochecer. ¡Oh! cuántos fracasados podrían decir: «pasé la vida en espera del mañana».

Cuenta Carlos Reade el caso de Noé Skinner, un empleado infiel que, después de resolverse a la restitución de la cantidad desfalcada, cayó en sopor, y al despertar echó la última mirada a los billetes y murmuró: «¡Por mi vida, que pesan en la conciencia!» Pero de pronto, le vino la idea de dilatar la restitución hasta el otro día y dió con ello tiempo a que le prendieran.

Mañana es el mote del diablo; el favorito refugio de la pereza y la ineptia; la sima que se traga los proyectos esbozados y las resoluciones demoradas. Hay dos sapientísimos proverbios que dicen: «Machacá el hierro mientras esté caliente». «Segá el heno mientras brille el sol». Pocos advierten el momento en que les acomete la pereza. A unos les invade después de comer; a otros después de almorzar; a algunos después de la cena. Todos tenemos cotidianamente una hora crítica que es preciso emplear, en vez de malgastarla, si queremos aprovechar bien el día. En la mayor parte de las gentes, las primeras horas de la mañana determinan el éxito diario.

En cierta ocasión ponderaba un sujeto la habilidad y valor de Mayenne en presencia de Henry,

quien respondió al interlocutor: «Tenéis razón; es un valeroso capitán, pero yo siempre me levanté cinco horas antes que él». En efecto, Henry se levantaba a las cuatro de la mañana y Mayenne a las diez. Esta era la diferencia entre ambos.

La indecisión suele tomar caracteres morbosos y la negligencia es su prelude. El único remedio de la indecisión es la inmediata decisión. De donde no, la indolencia es fatal para el éxito de toda empresa. Quien vacila, está perdido.

Dice un notable escritor que la cama es como un haz de paradojas, porque nos metemos en ella de mala gana y nos levantamos de peor. Todas las noches resolvemos levantarnos temprano al otro día; pero siempre se opone el cuerpo a la realización del propósito.

Sin embargo, la mayor parte de los hombres eminentes fueron muy madrugadores. Pedro el Grande se levantaba antes del alba, porque quería vivir todo lo más, y por lo tanto, dormir todo lo menos posible. Alfredo el Grande se levantaba antes de amanecer. En las primeras horas de la mañana trazaba Colón el plan de sus viajes y Napoleón el de sus campañas. Copérnico madrugaba con el día y lo mismo hicieron los más famosos astrónomos antiguos y modernos. Bryant se levantaba a las cinco; Bancroft con el alba; y

también fueron madrugadores Washington, Jefferson, Webster, Clay y Calhoun. Daniel Webster solía contestar de veinte a treinta cartas antes del almuerzo. Walter Scott fué muy puntual en todas sus cosas y en esto estuvo el secreto de su prodigiosa labor. Se levantaba a las cinco, y a la hora de almorzar tenía ya agarrada por el cuello la tarea de aquel día. Cierta vez, un joven que acababa de obtener un empleo escribió al ilustre novelista pidiéndole consejo, y le respondió: «Sobre todo, evite usted el vicio de perder el tiempo. Haga usted al punto lo que haya de hacer y no descanse hasta que lo haya hecho».

Poco más pudiera decirse sobre la costumbre de levantarse temprano. Con ocho horas de sueño hay de sobra y muchas veces bastan siete. El hombre laborioso tiene por primera ocupación saltar de la cama y ponerse al trabajo.

Dice Hamilton acerca del particular:

Cuando Dios dió la existencia al hombre, le dió también una labor que realizar, con el tiempo necesario para cumplirla, de modo que, si oportunamente la comenzara, no le faltaría ni sobraría tiempo para concluirla. La labor y el tiempo van como dos líneas paralelas, una más corta que otra, con la particularidad de que el trabajo adelanta al tiempo. Hay hombres que si no desarreglados en sus cosas, tampoco se distinguen por su diligencia. Echan las cartas al correo precisamente después del cierre. Llegan al muelle cuando el buque acaba

de zarpar y a la estación cuando el tren acaba de salir. No faltan a sus compromisos ni a sus deberes; pero, desgraciadamente, son tardíos en su cumplimiento.

Una cita es tan sagrada como palabra de casamiento. El que falta a ella sin fuerza mayor es un mentiroso y como tal ha de mirarle el mundo.

Dice sobre este particular Horacio Greeley:

Si un hombre no tiene miramiento alguno por el tiempo de los demás, ¿cómo podrá tenerlo por su dinero? ¿qué diferencia hay entre quien roba el tiempo y quien roba el dinero? Hay hombres para quienes cada hora de labor es más valiosa que cinco dólares.

El presidente Washington acostumbraba a comer a las cuatro, y en cierta ocasión convidó en la Casa Blanca a los diputados recién elegidos, quienes se molestaron de que al llegar estuviese ya el presidente sentado a la mesa; pero Washington les dijo: «Mi cocinero nunca pregunta si han llegado los convidados, sino si ya es hora de comer». En otra ocasión, como su secretario excusara la tardanza en llegar a la oficina diciendo que se le había atrasado el reloj, repuso: «Pues entonces se ha de comprar usted otro reloj o yo habré de tomar otro secretario».

Franklin le dijo a un criado tardío en el servicio, pero con la excusa siempre a punto: «El hombre hábil en excusarse no sirve para otra cosa».

Napoleón convidó una vez a sus mariscales a comer; pero como tardaran en venir se sentó a la mesa y precisamente llegaron cuando él acababa. Entonces les dijo: «Señores, ya hemos comido y vamos ahora a trabajar».

*Blücher era uno de los hombres más activos de su época y los soldados le apellidaron e general Adelante.

Juan Quincy Adams llegaba siempre con puntualidad a sus obligaciones, y el presidente de la Cámara de Diputados abría la sesión en cuanto Adams ocupaba su escaño. En cierta ocasión dijo un diputado que ya era hora de empezar la sesión, a lo que repuso otro: «No, porque el señor Adams no está todavía en su asiento». En efecto, se vió que el reloj adelantaba tres minutos, y al dar la hora llegó el diputado Adams.

La misma puntualidad observaba Webster en el colegio, en el foro, en el congreso y en sociedad.

Entre los cuidados de su atareada vida, acudía Horacio Greeley puntualísimamente a las citas que se le daban, y escribió más de un suelto de *La Tribuna* mientras esperaba a los tardíos.

La puntualidad es el alma del trabajo, como la concisión lo es del ingenio.

Durante el primer septenario de su carrera mercantil no consintió Amós Lawrence que ni una sola nota quedara en suspenso de sábado a

lunes. Dícese que la puntualidad es la cortesía de los reyes. Algunos hombres van siempre a la zaga del negocio y se les ve de continuo azacanados como si se les escapara el tren. Estos tales carecen de método y rara vez llevan a cabo labores intensas. Todos los hombres activos saben que hay momentos de que depende la suerte de años enteros. Algunos minutos de retraso en llegar al Banco puede ocasionar el protesto de una letra con quebranto de vuestro crédito.

Una de las mayores ventajas de la vida escolar en los internados es que el toque de campina establece en el colegial hábitos de diligencia para acudir con puntualidad a los actos del servicio docente. Todo joven debiera tener un cronómetro para distribuir con exactitud el tiempo, pues los relojes imprecisos tomentan la negligencia y resultan caros por baratos que sean.

Dice H. C. Brown:

¡Cuán estimable es el joven puntual! ¡Cuán fácilmente nos acostumbramos a servirnos de él y a confiarle asuntos de importancia! El joven que cobra fama de puntualidad coloca el primer plazo del capital que años más tarde ha de asegurarle el éxito.

La actividad, madre de la confianza y nodriza del crédito, demuestra la ordenación de nuestros negocios y despierta en los demás confianza en nuestra aptitud.

El retraso de un conductor puede determinar un terrible choque. La tardanza de un agente en colocar fondos puede producir la quiebra de una razón social. Un inocente puede morir en el patíbulo por la demora del mensajero que lleva la orden de indulto. Un pasajero se detiene cinco minutos a oír una conversación frívola y pierde el tren o el buque por un minuto de retraso. Grant resolvió ponerse en marcha apenas se rindiese la fortaleza de Sumter, y cuando Buckner le envió parlamentarios con objeto de estipular la capitulación, repuso resueltamente: «No cabe otra condición que la entrega inmediata sin condiciones, so pena de atacar sin pérdida de tiempo». Buckner respondió diciendo que las circunstancias le obligaban a someterse al vencedor.

Los hombres que, como Napoleón, saben discernir en los momentos críticos las cosas de capital importancia y sacrifican a ellas las subalternas, están seguros del triunfo.

Muchos fracasados lo fueron por no saber aprovechar el minuto. «Demasiado tarde» debiera ser el epitafio de los vencidos en las batallas de la vida. Pocos minutos median entre la victoria y la derrota, entre el éxito y el fracaso.

ADICIÓN DEL EDITOR

♣ *Aprovechar el minuto, pero aprovecharlo de modo que la diligencia no degenera en precipitación, es verdaderamente muy valioso elemento de éxito cuando le acompañan otros tan necesarios como éste. La diligencia de Lope de Vega en llevar comedias al teatro en horas veinticuatro no puede servir de ejemplo a nuestro propósito, sino que hemos de encomiar aquella diligencia enemiga y contraria de la pereza que tiene muchos puntos de contacto con el espíritu de continuidad y recibe el poderoso auxilio de la perseverancia. Dice Marden que pocos minutos median entre la victoria y la derrota, entre el éxito y el fracaso; pero como, por las razones ya expuestas en otro lugar, sólo nos ofrece ejemplos entresacados de la vida de hombres nacidos en tierra extraña, justo es recordar un episodio de la historia de España, del que fueron protagonistas los generales Prim y O'Donnell en la inolvidable campaña de África de 1860.*

♣ *Un pulquérrimo escritor, Pedro Antonio de Alarcón, relata dicho episodio en su Diario de un testigo de la guerra de África en estos términos, extractados lo más concisamente posible:*

♣ *«Falto de fuerzas el general Prim, pues la línea de combate se había hecho más extensa, apeló a todos los recursos para contener al enemigo, cada vez mayor en número. Por fortuna, el general O'Donnell, que seguía desde el Morabito las vicisitudes de la batalla, comprendió el comprometido trance en que se encontraba Prim, y le envió el regimiento de Córdoba. Este refuerzo no pudo llegar más a tiempo, pues los españoles se replegaban ya al empuje ap*